



Annie Vinokur

Catedrática de la Universidad París X, Nanterre, miembro del CERED (Centre d'Etudes et de

Recherches sur le Développement), FORUM, ura, CNRS 1700



Mercado, normas y comunidad, o la nueva pedagogía

En su introducción a los trabajos del programa «Educación para una ciudadanía democrática», Ettore Gelpi nos invita a considerar la educación de los adultos para la democracia y para el desarrollo como «un proceso de aprendizaje para resistir a las violencias que se sufren o que se plantean». Sin embargo, Hannah Arendt escribió en los años cincuenta: «La educación, en la medida en que se distingue del hecho de aprender, debe tener fijado un plazo... En política se actúa con quienes ya están educados. Quien se propone educar a los adultos se propone, de hecho, hacer de tutor... Puesto que no se puede educar a los adultos... se pretende educar cuando, en realidad, no se quiere sino coaccionar sin emplear la fuerza.»

Todo proyecto voluntarista de educación de adultos para la democracia y el desarrollo debe, por tanto, tener en cuenta esta contradicción y, para ello, identificar previamente las dimensiones de violencia y de coacción educativa de nuestras sociedades, que habría que combatir también.

La tesis que se sostendrá aquí es la siguiente: la propia sociedad contemporánea, en su transformación actual, incorpora un proyecto tutorial, aunque independiente de la edad y basado en una pedagogía procedimental generalizada.

«En la sociedad moderna, basada en la acumulación, tenemos la edad que determinan las necesidades cambiantes del mercado de trabajo.»

«(...) el trabajador supernumerario o usado se circunscribe al sector tradicional que, además, asegura su reproducción al menor coste.»

1) Nota de la redacción: Ponencia presentada en el seminario III, «Un nuevo concepto de desarrollo de la comunidad, por y para ella, en una democracia en evolución?», organizado por el Consejo de Europa (véase artículo precedente de Madalen Teeple).

El fin de las «edades»

En la sociedad tradicional (producción doméstica y pequeña producción para el mercado), centrada en la reproducción, se alcanza la edad adulta cuando, de forma ritual, se declara al sujeto capaz de participar biológica, material y culturalmente en la renovación de las generaciones, es decir, cuando se han asimilado suficientemente las enseñanzas y las reglas que, en el marco de la división del trabajo, garantizan la supervivencia y la perpetuidad del grupo.

En la sociedad moderna, basada en la acumulación, tenemos la edad que determinan las necesidades cambiantes del mercado de trabajo. Se puede ser demasiado mayor a los dieciocho años si lo que se valora es el trabajo infantil; a la inversa, se puede permanecer en la infancia durante cada vez más tiempo (interminables «transiciones profesionales») y quedar obsoleto cada vez antes (desempleo definitivo y jubilación anticipa-

da). La economía implica, por tanto, una «pedagogía» específica que enseña en todo momento a los individuos su «edad» y su «valor». Esta «educación» es tan «permanente» como los aprendizajes.

Uno de los aspectos de esta negación de las «edades» es la negación de las necesidades de la reproducción, tanto en las sociedades en las que se practica la explotación del trabajo infantil, como en aquellas otras en las que la vida laboral de los dos sexos se concentra (en tiempo y en intensidad) en los quince o veinte años durante los cuales los adultos deben efectuar, además, tanto su reproducción biológica como la socialización de los jóvenes.

La reproducción, un obstáculo para la acumulación

Mientras el proceso de acumulación permanece inserto en la sociedad tradicional, da la impresión de que sus recursos humanos (al igual que sus recursos naturales) son abundantes, casi gratuitos (único coste: el de su extracción y el de su transformación) y reversibles: el trabajador supernumerario o gastado se circunscribe al sector tradicional que, además, asegura su reproducción al menor coste. Sin embargo, para que la mano de obra, producida y educada en el sector tradicional, se presente en la puerta de las fábricas dispuesta a ser utilizada, con su resistencia física y nerviosa y sus valores morales, es preciso que sea incitada o forzada a ello, es decir, que la destrucción del sector tradicional (la imposibilidad de su reproducción) le obligue a hacerlo. El coste de extracción de los recursos humanos del sector tradicional es, por lo tanto, a la vez muy bajo a corto plazo pero potencialmente muy alto a largo. La



explotación de los huevos de oro mata a la gallina. De la destrucción de este sector proceden «las perturbaciones que ha sufrido nuestra relación con la naturaleza, y no solamente la naturaleza exterior de los sistemas ecológicos que nos rodean, sino también la naturaleza interior, biofísica y psíquica del hombre... Los problemas con que nos enfrentamos hoy en día surgen, normalmente, cuando estos recursos, que en el período de posguerra se consideraron «bienes libres», utilizables a voluntad, empiezan a escasear, bien porque las reservas fácilmente explotables se agotan (materias primas y energía), bien porque (*en el caso de la mayoría de los recursos biológicos y sociales*) el modo en que han sido explotados ha destruido su forma de reproducción, cuya configuración había requerido una larga historia» (LUTZ 1990, páginas 200-201).

La acumulación únicamente se interesa por la reproducción de los hombres en sociedad cuando esa reproducción constituye un obstáculo. Tenemos un ejemplo en la Europa de finales del siglo XIX, cuando el trabajo excesivo de las mujeres y de los niños puso localmente en peligro la reproducción de la especie de los trabajadores. En la actualidad, en los países más desarrollados, es el conjunto de las condiciones de reproducción de los trabajadores y del vínculo social lo que el capital percibe como un obstáculo para la consecución de su acumulación en un contexto concreto caracterizado por:

- la globalización: a la fluidez del capital debe responder la fluidez del trabajo a escala mundial;
- la transformación permanente de las técnicas de producción: a los trabajadores no se les exige sólo disciplina y conocimientos técnicos normalizados, sino también una capacidad de adaptación rápida y de manipulación inteligente de la información, que excluyen la gestión «despótica» de la mano de obra;
- la consolidación del ejército de trabajadores sobrantes para cuya absorción ya no hay sectores tradicionales.

Lo que parece imponerse, para responder a estas nuevas necesidades del capital ante la destrucción de la sociedad tradicional, es una pedagogía generalizada basada en

el **procedimiento**, más que en el **contenido**, y apoyada en dos soportes institucionales: el **mercado**, en los casos en que es posible y la **comunidad** allí donde el mercado no puede penetrar.

La pedagogía del mercado

El mercado es un sistema de recompensa/castigo que tiene un doble mérito:

- es «neutro», anónimo y apela a la incitación más que a la fuerza;
- tiene el aspecto de la democracia (censataria, desde luego), en la medida en que la demanda puede interpretarse como un «voto» que expresa las preferencias individuales.

Así pues, la caída de los «socialismos reales» y el no desarrollo de los países menos avanzados puede presentarse como el resultado de un «déficit de democracia», es decir, el fracaso de las pedagogías autoritarias, centralizadas y burocráticas de la acumulación. En este sentido, los Programas de Ajuste Estructural aparecen, en primer lugar, como pedagogías indirectas de la racionalidad mediante el establecimiento o el restablecimiento de las condiciones procedimentales de la competencia: supresión de las medidas proteccionistas y de la sobrevaloración de los tipos de cambio, apertura al mercado mundial, supresión de las subvenciones y de los precios dirigidos para restablecer las condiciones reales de los precios y los salarios, reducción del papel del Estado y privatizaciones... medidas encaminadas a favorecer al sector productivo en detrimento de los sectores protegidos, a restablecer la competitividad exterior, a reestructurar y diversificar la oferta, a reactivar el ahorro y la inversión... a incitar a los individuos a gestionar sus recursos humanos y materiales, en función de las señales cambiantes de los precios.

Sin embargo, existen ámbitos de reproducción de las condiciones sociales de la acumulación en los que el mercado no puede actuar directamente, o no de forma exclusiva, como sistema de incentivo. Siempre que es posible, se aplica una pedagogía «cuasimercantil» de la racionalidad, mediante el establecimiento de reglas y de normas que complementan al mercado o lo sustituyen.

«Los problemas con que nos enfrentamos hoy en día surgen, normalmente, cuando estos recursos que en el período de posguerra se consideraron «bienes libres», utilizables a voluntad, empiezan a escasear (...).»

«Lo que parece imponerse (...) es una pedagogía generalizada basada en el procedimiento, más que en el contenido, y apoyada en dos soportes institucionales: el mercado, en los casos en que es posible, y la comunidad allí donde el mercado no puede penetrar.»



«Quedan, sin embargo, sectores de la reproducción del hombre en sociedad en los que ni el mercado ni sus sustitutos (la familia, la solidaridad, el vínculo social) pueden cumplir su función pedagógica».

Ejemplos:

En la empresa

La empresa es, por definición, un «sistema en el que la dirección de los recursos depende de un empresario, es decir, de una o varias personas que, en un sistema competitivo, ocupan el lugar del sistema de precios en la dirección de los recursos» (Coase 1937, página 339). Sin embargo, el «despotismo» empresarial y el control jerárquico encuentran la resistencia de unos trabajadores empujados al «oportunismo», tanto más cuanto que la información del empresario está limitada en las formas posttaylorianas de organización del trabajo. Ahora bien, en la empresa «no se puede esperar que la competencia mercantil individualizada ejerza un control perfectamente eficaz» (Alchian-Demsetz, página 781). Buena parte de la gestión de los recursos humanos consiste en sustituir la «relación de autoridad» por la «alternativa democrática» de sistemas de incitación tipo «superior-agente», dirigidos a fomentar un incremento de la productividad al disminuir la «mentalidad del azar» y los comportamientos de «escurrir el bulto».

En la escuela

Remitir la financiación de la enseñanza postobligatoria a los hogares como preconizan los principales organismos internacionales, es un modo de incitar a los individuos a comportarse como gestores racionales de su capital humano, en función de las señales del mercado y, por consiguiente, a: (a) reducir el «despilfarro social» de la «inflación escolar», (b) establecer la competencia en la producción de servicios educativos y (c) estimular el esfuerzo y orientarlo en función de las necesidades cambiantes de la economía, es decir, disminuir la autonomía del sistema educativo respecto al sistema productivo.

No obstante, por una parte, el buen funcionamiento del mercado supone un sistema de información sobre la calidad del producto y, por otra, el mercado no puede regular la producción de los propios saberes, que implica una relación de autoridad. De ahí la aplicación de un sistema de normas complementarias:

□ la normalización internacional en curso de las pruebas y de los certificados de

estudios debe permitir la homogeneización a escala mundial del mercado de trabajo, al facilitar la movilidad rápida;

□ en las sociedades en las que las familias han perdido los valores culturales no transmitidos por la escuela, la evaluación escolar sustituye a los precios del mercado para enseñar a los estudiantes a esperar siempre del exterior la asignación de su «valor»;

□ la dirección avalada por normas de evaluación: (a) elimina las enseñanzas «inútiles»: el contenido de la enseñanza está definido por las reglas de su control, y (b) impone este contenido a los profesores sin recurrir a la coacción directa;

□ la normalización del producto de la enseñanza: (a) favorece la taylorización y la normalización, es decir, la «industrialización» de su producción (véase por ejemplo, la introducción de las normas ISO 9000 en los centros de formación europeos) y (b) contribuye a una individualización que favorece la penetración de las industrias de la información en este sector no mercantil.

La pedagogía de la «comunidad»

Quedan, sin embargo, sectores de la reproducción del hombre en sociedad en los que ni el mercado ni sus sustitutos (la familia, la solidaridad, el vínculo social, etc.) pueden cumplir su función pedagógica.

La reproducción de los hombres en la familia supone un mínimo de seguridad. Todas las instituciones de las sociedades tradicionales se basan en la necesidad de luchar contra los peligros mortales a que la inseguridad material (fluctuaciones de la producción doméstica por razones climáticas, fluctuaciones del mercado en la pequeña producción comercial) expone a la reproducción. Históricamente, la destrucción de estas instituciones ha dado lugar en algunos países, en el transcurso de este siglo, a la única innovación del capitalismo (lenta y difícil, a través de las luchas sociales y de la negociación) en el ámbito de la reproducción: el «empleo», definido como la conjugación de la ocupación de un puesto de trabajo (actividad



de trabajo regulada en virtud del derecho laboral) y de un «salario», recurso definido en función de un baremo que (a) incluye una cotización generadora del derecho a unas prestaciones proporcionales al salario directo y (b) es administrado en régimen de diálogo social, conforme a una lógica territorial. El empleo, que permite la liberación del individuo de los vínculos comunitarios y el acceso del trabajador a la esfera pública, es una construcción extremadamente innovadora que garantiza una seguridad independiente de la propiedad y el establecimiento de un vínculo social original a escala nacional.

Lo que se produce en la actualidad, sobre un fondo de mundialización de la economía, es la descomposición del empleo, justificada ideológicamente mediante la afirmación (criticable en todos sus términos) de que el «Estado Providencia» es «un lujo que nuestras sociedades ya no pueden permitirse».

La polarización de los ingresos y el empobrecimiento y la pérdida de seguridad de una proporción creciente de las poblaciones determinan que, utilizando la expresión aplicada por Reich a Estados Unidos (pero generalizable), «los norteamericanos ya no van en el mismo barco». Ya no se puede afirmar que «lo que es bueno para General Motors es bueno para Estados Unidos», porque GM no necesita ya a los trabajadores norteamericanos, ni para producir ni para comprar sus coches. El mantenimiento y la reproducción de la población rechazada es ya, por lo tanto, menos una necesidad económica que un desafío político para el capital y los Estados.

Queda el problema de asegurar la paz social al menor coste. Con esta perspectiva, se observa actualmente la revitalización de determinadas instituciones de las sociedades tradicionales, en la medida en que éstas tenían el mérito de garantizar, al mismo tiempo, las solidaridades básicas y el orden moral. Su síntesis se encuentra en el «comunitarismo» de Etzioni, cuyo objetivo es «canalizar todas las fuerzas institucionales que permitían obligar a las personas a hacer lo que es debido» (D'Antonio 1994):

□ regreso a los valores de la familia tradicional y de la moral, lo cual permite

recuperar de los «fundamentalismos» el aspecto de resistencia a la modernidad y movilizar indistintamente, a escala mundial, los fundamentalismos de las distintas religiones;

□ aplicación del principio de «subsidiariedad»: «la responsabilidad de toda situación recae, en primer lugar, en aquellos a quienes concierne de forma más directa. Tan sólo cuando el individuo no consigue encontrar una solución, corresponde actuar a la familia. Si ésta no puede hacer nada, toma el relevo la comunidad local, y sólo en caso de que el problema la desborde debe recurrirse al Estado» (Etzioni 1994). La «responsabilización» implica: (a) la negación de los «derechos», (b) la solidaridad de los pobres entre ellos y de los ricos entre ellos, (c) el carácter condicionado del recurso a la solidaridad nacional, es decir, la «caridad pedagógica»: «los asistentes sociales que se ocupan de estas poblaciones tienden a avalar todas las formas de vida que encuentran. Han de cambiar de actitud y recuperar su papel de agentes de la sociedad que llevan los valores fundamentales a personas que, sin ellos, estarían fuera de alcance. Deben erigirse en jueces y defender sin ambigüedad formas de vida sanas y responsables. Está justificado penalizar levemente a quienes no responden a las demandas de la sociedad» (Etzioni 1994);

□ participación democrática «local», limitada a las pequeñas unidades de reproducción: familia, barrio, escuela, parroquia... es decir, los ámbitos en los que la democracia tiene más posibilidades de reforzar el orden moral y de reprimir las desviaciones. No se trata de una participación democrática en las decisiones relativas a los objetivos de producción y al empleo: el «mercado» está presente como coacción externa y, cuando el poder de decidir sobre la vida de los individuos y de las comunidades consiente en encarnarse en un individuo, éste es inaccesible (véase la película de Michael Moore *Roger and Me*).

Mercado y Comunidad se manifiestan como pedagogías, implícita y explícita, al servicio de la transmisión de la inseguridad a las familias, es decir, de imponer la coacción a corto plazo que exige la acumulación sobre el horizonte amplio de la reproducción humana y social.

«Lo que se produce en la actualidad, sobre un fondo de mundialización de la economía, es la descomposición del empleo, justificada ideológicamente mediante la afirmación (...) de que el 'Estado Providencia' es 'un lujo que nuestras sociedades ya no pueden permitirse'».

Las opiniones expresadas en este trabajo son las del autor y no reflejan necesariamente la política oficial del Consejo de Cooperación Cultural o del Consejo de Europa).

Referencias bibliográficas

Arendt, H.: *La crisis de la cultura*. Gallimard. París 1972.

Coase, R. H.: *The Nature of the Firm*. Economica. 1937.

Etzioni, A., D'Antonio, M.: artículos publicados en *Courrier International* nº 211, 17, 13 noviembre 1994.

Lutz, B.: *Le mirage de la croissance marchande*. Editions de la MSH. París 1990.

Reich, R.: *The Work of Nations*. Simon & Schuster. Londres, N.Y. 1991.